

Nosotros no podemos hacer borrón y cuenta nueva con nuestras vidas. No fuimos nosotros quienes nos equivocamos. No podemos olvidar; como pobres humanos no tenemos memoria selectiva, no podemos ir al ritmo de ninguna política de redención. La víctima del terrorismo, pasa gran parte de su calvario siendo un enfermo dependiente, de sus propios recursos o de la sociedad; casi siempre abandonada a sus propias fuerzas, a su propia resistencia. Algunas consiguen hacer de su vida algo natural, otras sin embargo, incapaces de desenvolverse en medio de esa atrocidad digna del tercer mundo, destruirá su propio ambiente. Quedará posiblemente enganchada a la reivindicación constante y cansina, a la reclamación económica; enferma de victimismo. ¿Quién puede recriminarle por eso?

Nosotros no negociaremos con nuestros asesinos, primero por que nosotros ya pagamos con sangre la vigencia del régimen constitucional y el estado de derecho, y segundo porque si se llega a un acuerdo con esos interlocutores, volveremos a ser nosotros quienes hayamos puesto nuevamente el precio del olvido en beneficio del bien común. Preguntémonos si eso es justicia. Posiblemente sea legal, pero claramente inmoral.

La vejez y los viejos en el Nuevo Testamento

Rev. Aragon. Teol. 24 (2006)

José M.^a Samper Calvete

Si algo caracteriza al Nuevo Testamento sobre la vejez es una gran discreción en todo: en el tema como tal, especialmente la vejez; en la naturaleza del asunto, entre el pasado véterotestamentario y lo nuevo; y en el tiempo, con una mayor brevedad temporal, no llegando a un siglo. Curiosamente, a la discreción se une no poca complejidad. Como en otros puntos, se produce una recogida y una ruptura con el judaísmo. Debido a la escasez de fuentes disponibles, pues estamos en los inicios de la iglesia primitiva, es muy arriesgado hablar de seguridad. En todo caso, cuadra más y mejor la probabilidad. El estudio aquí realizado pretende ser sólo una primera aproximación al tema de la vejez y de los viejos.

El artículo aborda dos puntos básicos. De entrada, una recogida y análisis de los textos del Nuevo Testamento sobre los ancianos judíos, los ancianos cristianos y los ancianos del Apocalipsis. Se busca en la conclusión reseñar la ambivalencia del Nuevo Testamento sobre la vejez y los viejos. Decimos ambivalencia porque el Nuevo Testamento recoge la dimensión negativa de la vejez, vale decir, la merma física y la dependencia, pero también y sobre todo prima y resalta con gran sencillez los quehaceres cotidianos que pueden llevarse a cabo en la vejez, impregnados de la fuerza de lo alto.

Con una simple lectura neotestamentaria se aprecia un corte entre los cuatro evangelios y parte de los Hechos de los Apóstoles, de un lado, y el resto del Nuevo Testamento, de otro. Al principio se hace un análisis de los ancianos en el mundo judío, después de los ancianos cristianos.

Cuando se habla de ancianos (*presbyteroi*), se piensa en personas de edad y, por ello mismo, esto es, por la edad, en los sujetos que ostentan una responsabilidad en el grupo o comunidad. Este doble sentido, absoluto y técnico, es correlativo y, por cierto, bien remarcado en la primera carta de Pedro 5, 1.5.

Los ancianos judíos

Se va a recoger lo que los cuatro evangelios y parte de los Hechos de los Apóstoles comentan sobre los ancianos en la Palestina del siglo I. Sirva como recordatorio que los ancianos en el judaísmo, tanto en la diáspora como en Palestina, ejercían el cuidado administrativo, político, especialmente en sus relaciones con las autoridades romanas, y judicial, como primera tarea, con la interpretación y aplicación de la Ley a casos concretos así como la aplicación del castigo a sus infractores. No eran responsables del culto, aunque sí tenían lugares de preferencia y frecuentemente se elegía a los responsables de la sinagoga de entre el número de ancianos.

Pero en realidad quiénes son los ancianos del pueblo o consejo de ancianos. Son el grupo de la aristocracia laica. Eran los jefes de las familias patricias de Jerusalén. Un elemento indispensable y que define muy bien a estas familias es la pureza de sangre de origen. Su poder y su riqueza se basan en la propiedad y en el comercio. Eran un grupo limitado y con grandes recursos, encargados de los impuestos para los romanos, llamados decaprotas, y de mentalidad conservadora o saducea. Es comprensible, por todo ello, el prestigio en el que se desenvolvían. Además de ancianos se les denomina también “los primeros de la ciudad”, “los jefes del pueblo”... Lc. 19,47 se hace eco de esta corriente. Como representante de este grupo se encuentra en los evangelios José de Arimatea (Mt. 27, 57; Mc. 15, 43; Lc. 23, 50-51; Jn. 19, 38-42), encargado, como se sabe, de dar sepultura a Jesús. Es un rico terrateniente, al poseer un dominio con jardín (Jn 19, 41; 20, 15; Mt. 27, 60 y par.), corroborado además por el empleo de la palabra griega “*euschemon*” (“distinguido”, “respetado” Mc. 15, 43).

Los antecedentes del grupo de los ancianos deben buscarse durante y después del exilio de Israel. El pueblo, quedándose desarmado y sin reinado, necesitaba reagruparse. Los jefes de las familias más notables dirigieron en calidad de jefes la instalación de las familias en Babilonia y las gobernaron como guías y jefes. Más adelante se presentan como representantes del pueblo con quienes por ejemplo trata el gobernador persa la reconstrucción del templo (Esd. 5, 5.9.10-16; 6, 7. 8. 14); o con quienes cuenta Josafat en su reforma judicial (2Cron. 9, 5-11).

Justificaban su origen en el nombramiento de Moisés de los 70 ancianos en el desierto por la excesiva sobrecarga de la tarea (Num. 11, 16 ss; Jos. 24,31; Juec. 2, 7). Se les designaba con la oración y la imposición de manos (Num. 27, 18; Dt. 34, 9). Con el tiempo, los ancianos desarrollaron un amplio cuerpo de interpretación de la ley llamada “tradición de los mayores”, mencionada en los evangelios (Mc. 7, 3-5; Mt. 15, 2). Aquí, al igual que en Heb. 11, 2, se suele traducir, en base al contexto, por “antiguos”. Se aplicaba el título honorífico de “anciano” a los letrados.

Los ancianos o consejo de ancianos formaban parte del Consejo Supremo o Sanedrín de Jerusalén, que es quien juzga y condena a Jesús (Mt. 26, 3.47; 27, 1.3.12.20; 28, 11-12; Mc. 14, 53.55.64; 15, 1; Lc. 22, 52.66; 23, 1), si bien los Sinópticos hacen diferencias en este punto. En Marcos y en Lucas los tres grupos del Sanedrín no sólo se mencionan en la primera predicción de la Pasión (Mc. 8,31; Lc. 9, 22), sino también en relación con la pregunta de la autoridad, dentro de un contexto polémico (Mc. 11, 27; Lc. 20, 1). Se encuentran asimismo en la amenaza, detención y acusación de los apóstoles (Hech. 4, 5.8.23), de Esteban (Hech. 6, 12) y de Pablo (Hech. 23, 14: 24, 1; 25, 15). Igualmente formaban parte del consejo provincial y local, con competencias similares al Consejo Supremo, salvo la pena capital. Del consejo local hay testimonios en los evangelios. En Mt. 10, 17 y Mc. 13, 9, donde se habla de un contexto de persecución. Mt. 5, 22 y par. aluden al consejo (*synedrion*) como lugar para dirimir las diferencias sociales. Lc. 7, 3 recoge a los ancianos de los consejos locales como mediadores por el criado enfermo del capitán romano.

Puede concluirse que el tratamiento del Nuevo Testamento sobre los ancianos judíos, a excepción de Lc. 7, 13 y Mt. 5, 22 par., se mueve en un ambiente polémico. A mitad de camino entre los ancianos judíos y los ancianos cristianos se encuentran Jn. 3, 4; Jn 8, 9 y Lc. 15, 25. Los tres casos se refieren al sentido absoluto de anciano, sólo que de un modo muy peculiar y especial. Por ese motivo, se les coloca aquí. Jn. 8, 9, en la escena de la mujer adúltera, apunta a la totalidad de los asistentes. En efecto, el texto habla de todos, comenzando por los viejos “Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos (*apo ton presbyteron*), y se quedó solo Jesús con la mujer...”. El otro texto es muy curioso. En la parábola del hijo pródigo (Lc. 15, 11-32), al tratarse de hijos, no cabe el empleo de viejo sino de hijo mayor (Lc. 15, 25. 12 *ho huioi ho presbyteros, ho neoteros*).

Y dejamos para el final Jn. 3, 4. En el encuentro de Jesús con Nicodemo, fariseo ilustre (Jn. 3, 1), sale a colación el tema de la vejez. Jesús le propone de entrada nacer de nuevo para ver el reino de Dios (Jn. 3, 3). Nicodemo, por su parte, le responde con la objeción ya conocida “¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo (*geron*)? ¿Podrá entrar otra vez en el vientre de su madre y volver a nacer?” (Jn. 3, 4). En la objeción de Nicodemo sale a flote la técnica narrativa del evangelio de Juan. Se busca, con el fin de progresar en el hilo del relato, ir planteando dificultades o hipótesis, a veces absurdas, como aquí, por ejemplo nacer del vientre de su madre siendo ya viejo. Pero de este modo, con estas probabilidades casi absurdas, el narrador piensa, alude y apunta a su tema inicial, que no es otro que el nacer de nuevo, o sea, la vida nueva que Jesús aporta. Tema este que lo desarrollará más adelante en su evangelio (cfr. c. 11) y que se hará realidad concreta en su resurrección (cfr. cc.20-21). Volviendo al objeto que nos ocupa, que es la vejez. La verdadera y natural paradoja del renacimiento del seno materno y la vejez puede esfumarse si se la sitúa en otro plano más

sencillo y profundo con la presencia y la oferta de Jesús. El viejo, puede, va a nacer de nuevo para una vida nueva y definitiva. Es así como la vejez, henchida de fe y de esperanza, puede retornar del absurdo a un nuevo horizonte.

Los ancianos cristianos

La iglesia recogió el término y las funciones de los ancianos del judaísmo. Dentro del Nuevo Testamento hay un amplio uso para los responsables de la comunidad, concretamente en los Hechos de los Apóstoles (11, 30; 14, 23; 15, 2.4.6.22.23; 16, 4; 20, 17; 21, 18), en las cartas (1Tim. 5, 17-19; Tit. 1, 5 ss.; 2Jn 1; 3Jn.1; Heb. 11, 2; Sant. 5, 14; 1Pe. 5, 1.5) y en el Apocalipsis (4, 4; 5, 5.6.8.11.14; 7, 11.13; 11, 16; 19, 4). Debe reseñarse, sin embargo, que, si bien Pablo unge a los ancianos en Efeso (Hech. 14, 23), a lo largo de sus cartas apenas los menciona si no es en 1Tim. 5, 17-19 y Tit. 1, 5 ss. Las palabras que emplea Pablo son “presidir” (*proistamenos*, Rom. 12, 8; 1Tes. 5,12), “gobierno” (*kybernēseis*, 1Cor. 12, 28) y “obispos” (*episcopois*, Flp 1, 1). Esto demuestra que no hay una nomenclatura fija y uniforme sobre los que ejercen la autoridad en la comunidad.

Choca bastante la ausencia del término “anciano” en Pablo, salvo las cartas pastorales, y en Juan. A partir de aquí, la investigación histórica actual establece un corte entre la constitución paulino-carismática (cfr. 1Cor. 12, 28-31) y la constitución judeo-presbiteral. Las comunidades paulinas se caracterizaban por el papel único que el Espíritu tiene en todas las manifestaciones de la comunidad. No en vano, a tenor de los Hechos, es en las comunidades paulinas del Asia Menor (Mileto, Efeso y Creta) donde penetra la concepción presbiteral (de ancianos), con un rasgo institucional y conservador, como guardianas y transmisoras de la tradición. Se explica esto porque a finales del siglo I o en la segunda o tercera generación de cristianos, desaparecidos los apóstoles, es cuando comienza el principio de sucesión. Algunos autores, con todo, ponen reparos a semejante corte, aduciendo que en la 1ª carta de Pedro hay una interferencia de la concepción carismática (4, 10 ss) y de la concepción presbiteral (5, 1-4). Por este motivo, según estos críticos, la 1ª de Pedro parece reflejar una visión eclesial independiente o un tipo intermedio de organización eclesial.

Los ancianos aparecen casi siempre en plural, pues actuaron de forma colegiada (1Tim. 4, 14, *presbyteriou*), con una función genérica de vigilancia sobre los miembros y la vida de la comunidad, y con el cometido concreto de corregir y rebatir. Late, en el fondo, la dimensión sinagoga y judicial de los ancianos judíos. Hablar, pues, de anciano en la primitiva comunidad es hablar de una tarea, con unas funciones determinadas. El ejercicio del ministerio es un regalo dentro de la variada gracia divina (1Pe. 4, 10; Hech. 20, 28). En 1Pe. 5, 2 (“de corazón”, *hekousiōs*) se destaca el

carácter voluntario de la función del anciano. La coerción a la que alude el autor de 1Pe. 5, 2 (“no por coerción”, *mē anankastōs*) puede referirse a que el desempeño de esta función entrañara alguna forma de servicio consagrado sin posibilidad de renuncia, o quizás aluda simplemente a la investidura del cargo, en el sentido de que no basta a la larga como único motivo sin una aceptación real de la tarea, con el agobio que podía llevar implícito el cargo (persecuciones, tensiones, incomprensiones...). Es un hecho que en este período se pagaba a los responsables de la iglesia (Hech. 20, 37 ss; 1Cor. 9, 7-14; 2Cor. 12, 13-18; 1Tim. 5, 17 ss; Mt. 10, 10b). En 1Pe. 5, 2 se advierte a los ancianos “apacentad la grey de Dios... no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón...”. Parece aludir, por el contexto, no tanto al enriquecimiento personal cuanto al deseo de aceptar el cargo por el salario asignado.

Puede adivinarse una triple función del anciano cristiano, que alcanzaba el ámbito pastoral, administrativo y cultural. La labor pastoral está recogida con las imágenes ya clásicas en el mundo bíblico del pastoreo del rebaño (*poimainein*, *poimnion* y *episkopountes*, 1Pe. 5, 2,3; Hech. 20, 28 y Flp. 1, 1), no como dueños sino como vigilantes, siempre bajo el Pastor Supremo (1Pe. 2, 25; 5, 4, *archipoimenos*), modelo al que se debe seguir (Mc. 10, 42-45). Es conocida la imagen del Pastor para representar al rey en el Antiguo Oriente y en la Grecia homérica. Manifiesta la autoridad del que tiene por tarea reunir al rebaño. Autoridad, por tanto, que busca siempre la unidad y cohesión de la comunidad, plasmadas en el verbo “velar” (*episkopountes*). En esta misma dirección y sentido apuntan también “los obispos y diáconos” de Flp. 1, 1, pues no tienen aún la acepción técnica de “obispo” y de “diácono”, sino simplemente la de ministros de las comunidades nuevas surgidas de la misión de los gentiles. Asimismo, la labor pastoral de unidad y de cohesión de la comunidad puede estar canalizada con la imagen de la administración o intendencia (*oikonomos*, *oikonomia*, 1Tim. 1, 4; Tit. 1, 7), a ejemplo del cabeza de familia (1Tim. 3, 4-5, *proistamenon*). Se entiende así el carácter verdaderamente familiar del ejercicio del ministerio, dando pie a las condiciones requeridas para un buen desempeño: que no sea neófito (1Tim. 3, 6), de buena fama entre los de fuera (1Tim. 3, 7) y que sea hospitalario (1 Tim. 3, 2).

En Los Hechos de los Apóstoles ya se aprecia cierta evolución en cuanto al significado de “anciano” o “presbítero”. Siempre o casi siempre están asociados a la tarea de los apóstoles (15, 2-16, 4) y de Santiago con la llegada de Pablo a Jerusalén (21, 8). Su misión parece ceñirse sólo a la comunidad local, mientras que los apóstoles son misioneros itinerantes (14, 23). Es justamente en las comunidades paulinas de Efeso donde se dibuja el papel de responsabilidad, de gobierno y de unidad en la tarea de los ancianos o presbíteros (20, 17. 28). Sin embargo, tanto aquí como en Jerusalén, jamás los ancianos ejercen el ministerio de la palabra. Es competencia exclusiva de los apóstoles (6, 2). Pues bien, el último paso en la evolución del término “anciano” o “presbítero” se da en las Epístolas pastorales de Timoteo y de Tito. Junto a la tarea

pastoral de vigilancia y de unidad, el autor de la carta a Timoteo insiste en el ministerio de la palabra y de la enseñanza del presbítero (1Tim. 3, 2; 5, 17. Cfr. también Tit. 1, 9). Se trata, pues, de dos direcciones complementarias. Por último, el cuidado pastoral, en Sant. 5, 14, se detalla en la asistencia y la unción con el óleo a los enfermos por parte de los ancianos. El uso del óleo como medicina es muy corriente en la Antigüedad (Is. 1, 6; Lc. 10, 34).

Los responsables de la comunidad desempeñan a su vez una tarea administrativa, como por ejemplo la gestión del dinero en la atención a las necesidades que pueden sobrevenir a la comunidad. Para este trabajo se citan a los apóstoles (Hech. 4, 34 ss; 6, 1-3) y, por supuesto, a los ancianos (Hech. 11, 29 s; 1Pe. 5, 2). Se comprende así la advertencia del peligro de la codicia (1Tim. 3, 3; Tit. 1, 7).

Además del ya comentado Sant. 5, 14, por Ap. 4, 4, donde 24 ancianos sentados en tronos adoran y se postran ante el que está sentado en el trono, puede deducirse que los ancianos ocupaban un lugar preferente en el culto como los ancianos judíos en la sinagoga. 1Tim. 4, 14 y 5, 22 hablan de la imposición de las manos (*epitheseōs tōn cheirōn*) para la ordenación —seguramente en las dos recurrencias— del anciano. En Los Hechos aparece, pero de forma más primitiva, aplicada tanto a la ordenación de presbíteros por parte de Pablo y de Bernabé (14, 23) como a la de los apóstoles Pablo y Bernabé por parte de los profetas y doctores de la iglesia de Antioquía (13, 1-3). En 1Tim. 4, 14; 5, 22 y 2Tim. 1, 6 parece tratarse ya de una novedad establecida. La imposición de manos, previa la profecía (1Tim. 4, 14) y la posterior profesión de fe (1Tim. 6, 12), es propia a la ordenación. El ministerio recibido es un don (1Tim. 4, 14 “que se te dio”, la pasiva divina y 2Tim. 1, 6). La imposición de manos a veces se entiende como si la hiciese el colegio de los presbíteros, pero es más probable que se trate de una adaptación de la *semikhat zeqenim*, o sea, la imposición de manos para transmitir la dignidad de “ancianos”, propio de la ordenación rabínica.

La misión del anciano es un regalo, una gracia, que entraña un compromiso exigente. Llama la atención que junto a la tarea pastoral del anciano (1Pe. 5, 2) se comente con una breve pincelada o gran sobriedad la integridad de vida del anciano en 1Pe. 5, 3 “siendo modelos de la grey” (*typoi*). Detalles más pormenorizados sobre la autoridad moral de los ancianos se encuentran en Tit. 1, 5ss y 1Tim. 5, 17-19, superando incluso este último los límites del código eclesiástico si se compara, por ejemplo, con Col. 3, 18-4, 11 y Ef. 5, 22-6, 9.

Una vez más, es en las Epístolas pastorales donde empieza a manifestarse ya el derecho del presbítero, concretado en la remuneración por su trabajo (1Tim. 5, 17), en la prudencia a la hora de conflictos (1Tim. 5, 19-20) y en la ordenación de los pres-

bíteros, dando a entender que existía un tiempo de prueba (“no tengas prisa en imponer las manos a ninguno...”, 1Tim. 5, 22). Los presbíteros, finalmente, se establecen en cada ciudad (Tit. 1, 5).

Se puede concluir, pues, afirmando que el sistema presbiteral tomado del judaísmo debió aparecer relativamente pronto en las comunidades judeocristianas, empezando por la de Jerusalén. Este sistema fue adoptado por unas iglesias del área geográfica de las misiones paulinas (epístolas pastorales, 1Pe). Pero esta evolución no fue universal ni uniforme. El sistema atestiguado en Heb. parece diferente (“guías”: 13, 17.24) y los escritos joánicos lo ignoran.

Los ancianos cristianos estaban muy asociados con los apóstoles (Hech. 15, 2.4.6.22.23; 16,4; 2Jn. 1 y 3Jn 1; 1Pe. 1, 1 y 5, 1), pero había una clara distinción entre los dos, porque los apóstoles eran los misioneros (Hech. 6, 2.4; 9, 32; 13, 2-4) y los ancianos los responsables fijos de la comunidad (Hech. 20, 17.25.28.31.35). Algunos críticos piensan que los profetas y doctores que guían la iglesia de Antioquía eran ancianos (Hech.13, 1-3; 1Tim. 5, 17). Puede ser, pero no hay textos donde se especifique dicha identificación. Precizando un poco más la organización de la iglesia primitiva. El contexto sugiere que una comunidad tenía varios obispos y varios diáconos (1Tim. 3, 1-13; Flp. 1, 1). El título griego *episkopos* nunca es usado en el Nuevo Testamento para designar una autoridad en las comunidades cristianas de Judea. Sólo se usa referido a las autoridades de las comunidades del mediterráneo oriental, fuera de Judea (Flp. 1, 1; Tit. 1, 7; 1Tim. 3, 1-7). En las cartas pastorales se mencionan 3 grupos. *Episkopos* aparece en singular (Tit. 1, 7; 1Tim. 3, 2). Es posible que con ello se destaque aquí con más vigor, pero la terminología no es unívoca. En Tit. 1, 5.7 la designación de anciano y de obispo es intercambiable, al igual que en Hech. 20, 17 (*presbyteroi*) y Hech. 20, 28 (obispos, *episkopous*). 1Tim. 3, 2-7 explica detalladamente casi los mismos requisitos para un *episkopos* que para los presbíteros de Tit. 1, 7-10. No está clara aun la función del obispo (¿administrador o jefe jerárquico?) ni su relación con los ancianos, si bien parece, al menos por las epístolas pastorales, que preside la comunidad. Del colegio presbiteral o de ancianos salen los que presiden (1Tim. 5, 17). Sólo en Ignacio de Antioquía es donde las tres funciones (obispo, anciano y diácono) se encuentran claramente diferenciadas. El mismo problema se plantea a la hora de saber si los ancianos, una vez desaparecidos los apóstoles, eran los ministros de la ordenación. La única recurrencia es 1Tim. 4, 14 y no está claro si Timoteo, a quien se dirige la carta pastoral, era obispo o anciano. Sobre este particular, la Tradición Apostólica de Hipólito es la que sirve de referencia en la iglesia primitiva.

En definitiva, esta organización local aún colegial encuentra su complemento en las primeras señales de vértices superlocales y jerárquicos, constituidos por los discípulos de los apóstoles. Hablamos de Tito (Tit. 1, 5; Hech. 14, 23) y de Timoteo (1Tim.

3, 1-13; 4, 14; 5, 22; Hech. 19, 21-22), surgiendo ya los comienzos del principio de sucesión, según el cual —como en el judaísmo—, la designación presbiteral corresponderá en la antigua iglesia únicamente a los sacerdotes, advirtiéndose tendencias en la línea de un clero. En efecto, Timoteo y Tito están revestidos de una entera autoridad (*pases epitages*, Tit. 2, 15): palabra, enseñanza (1Tim. 4, 16; 1, 10; 2Tim. 4, 3; Tit. 1, 9; 2, 1), liturgia (1Tim. 2, 1-15), asistencia a viudas (1Tim. 5, 3-16), ministerios (1Tim. 5, 17-22; 3, 1-10; Tit. 1, 5ss) y disciplina (1Tim. 5, 19ss; Tit. 3, 10ss). La autoridad, empero, implica respeto por los miembros de la comunidad (Tit. 2, 15; 1Tim. 4, 12) y caridad fraterna del que ejerce la autoridad, impregnando las relaciones comunitarias de un clima enteramente familiar (1Tim. 1, 15; 5, 1). En el caso de Timoteo, la autoridad sorprende todavía más porque reiteradamente se afirma que es joven (1Tim. 4, 12; 5, 1-2; 2Tim. 2, 22) y porque es el encargado de ordenar a los ancianos (1Tim. 5, 22).

Los ancianos del Apocalipsis

De un simple rastreo por el libro del Apocalipsis se deduce una serie amplia y abigarrada de interpretaciones, hasta cierto punto comprensibles por la índole del libro. Connatural a la apocalíptica es la abundancia y riqueza de imágenes, con el riesgo de perder o no encontrar el hilo conductor o el significado coherente de lo que se trate. Se ha preferido, por todo ello, hacer un breve y riguroso estudio de las 12 ocasiones en que aparecen los ancianos en el Apocalipsis. Se remata el análisis con las aportaciones de los especialistas sobre este tema, apuntando, por lo demás, ciertos puntos candentes.

Mención aparte, por su fondo y forma, merecen los ancianos del libro del Apocalipsis: 4,4; 5, 5.6.11.14; 7, 11.13; 11, 16; 19, 4 (*presbyterous, presbyteron* ...). En principio, los ancianos aparecen citados como los ancianos (5, 6.11.14; 7, 11; 14, 3), los 24 ancianos (4, 4.10; 5, 8; 11, 16 y 19,4) y uno de los ancianos (5, 5; 7, 13). Están asociados, como es de esperar, al sentado en el trono (4, 2.3.10), al trono (5, 11; 7, 11; 14, 3; 19, 4), al trono de Dios (7, 15), al que vive siempre (4, 10), a Dios (7, 11; 11, 16; 19, 4). También están relacionados con el cordero (5, 6-8; 7, 14-17). De modo constante están unidos a los 4 vivientes (4, 6-8; 5, 6.8.11.14; 7, 11; 14, 3; 19, 4). Los ancianos, al estar hablando el Apocalipsis de una visión y audición celeste (p.e. 4, 1), igualmente están cercanos a todos los ángeles (7, 11) y a muchos ángeles (5, 11). Asimismo, con los ancianos participan los 144.000 rescatados de la tierra (14, 1.3) y, por supuesto, el vidente y oyente (4, 1; 5, 1.6.11; 14, 1.2; 19, 1); debe reseñarse, a este respecto, el diálogo del propio vidente con uno de los ancianos (5, 5; 7, 13-14).

Ahondando un poco más en las recurrencias de los ancianos, se advierte que se manifiestan como objeto del sujeto vidente. Quiere el vidente recoger y describir pormenorizadamente su visión de los ancianos (4, 4; 5, 6.11). Los ancianos junto con los 4 vivientes y el que está sentado en el trono son el objeto de unos sujetos celestes, es decir, de muchos ángeles (5, 11), de todos los ángeles (7, 11) y de los 144.000 rescatados de la tierra (14, 3). Reciben el mismo trato y dignidad. Las acciones de los ancianos como sujetos son muy pocas y fijas. Se limitan a “caer” y “adorar” a Dios (4, 10; 5, 8.14; 11, 18; 19, 4).

Si algo caracteriza a simple vista a los ancianos del Apocalipsis es la dimensión cultural. Se les suele representar con fórmulas fijas, como alrededor del trono (7, 11; 5, 11; 4, 4), en medio del cordero (5, 6), delante del sentado en el trono (4, 10), de Dios (11, 16), del cordero (5, 6), de los 4 vivientes y los 24 ancianos (14, 3, la voz celeste) y sobre los tronos (11, 16; 4, 4). Las acciones que ejecutan los ancianos son rasgos típicamente culturales, concretados en los gestos de “caer” y “adorar” (4, 10; 5, 8. 14; 11, 16; 19, 4); justamente, una vez se especifica con “caer rostro en tierra” (11, 16). Y sobre todo se concreta en la palabra, adquiriendo la forma de alabanza, acción de gracias y canto (4, 9-10; 5, 9-14; 7, 10-17; 11, 16-18; 19, 4), como signos del reconocimiento del poder único de Dios. “Amén” y “Aleluya” pueden muy bien reflejar y condensar esta última faceta (19, 4; 7, 12; 5, 4). Huelga decir que el lugar en el que se encuentran los ancianos es el cielo y el templo celeste (cfr. p.e. 4, 1; 11, 19...).

El libro del Apocalipsis parece resaltar una y otra vez el carácter único de los ancianos, pues su indumentaria es blanca y áurea, incluso hasta las cítaras y las páteras que utilizan son doradas (4, 4 y 5, 8). Curiosamente, son los ancianos, mejor dicho, uno de los ancianos, quien da la piedra de toque de las vestiduras blancas al propio vidente (7, 13-14). En este caso se habla de los vestidos de una gran y variada muchedumbre (7, 9). El contraste no puede ser más brutal: “lavar” y “blanquear” sus ropas con la “sangre” del cordero (7, 14). Y más sorprendente todavía es su resultado, “adoración eterna en su templo” y “cohabitación divina” (7, 15). Quizá estamos ante una de las claves del libro.

Resumiendo lo hasta ahora analizado en el Apocalipsis. Con ligeros cambios (24 ancianos, ancianos, uno), por moverse y participar en el ámbito divino, plasmado sobre todo en la adoración y alabanza divina, y por su estrecha relación con los 4 vivientes y el cordero, los ancianos se convierten en guías a todos los efectos, mediante el apoyo (“no llores”, 5, 5) y la explicación del sentido de la vida humana (7, 9-17), de la historia (los 4 vivientes) y del misterio del cordero (5, 6-14; 7, 9-17). Hay aquí probablemente cierto eco de los ancianos judíos y de los ancianos cristianos. Sólo que en el libro del Apocalipsis, siguiendo las palabras del vidente, los ancianos se mueven en el ámbito celeste.

La opinión más frecuente, razonable y razonada sobre la identidad de los ancianos es que se trata de hombres ya glorificados. Las coronas que portan son un premio, el signo y el resultado del combate sostenido en la tierra (1Cor. 9, 24-25; 2Tim. 4, 7-8; Sant. 1, 12; 1Pe. 5, 4). Las vestiduras blancas que llevan indican su participación en la resurrección de Cristo (Mc. 16, 5; Mt. 28, 3; Lc. 24, 4).

De los 24 ancianos que se citan en 4, 4.10; 5, 8; 11, 16 y 19, 4 hay dos tendencias prevalentes. Se aludiría, de un lado, a 1Crón. 24, 4.7-18, en concreto a las 24 clases sacerdotales del pueblo judío, en consonancia con las funciones litúrgicas desempeñadas por los ancianos del Apocalipsis. La otra corriente, apoyándose en el empleo artificioso de los números en el Apocalipsis, ve una alusión al pueblo del Antiguo Testamento (los doce patriarcas) y al pueblo del Nuevo Testamento (los doce apóstoles). Los 24 ancianos, por tanto, serían los representantes del entero pueblo de Dios, de la Iglesia en adoración ante el trono del Omnipotente.

Sorprende, dentro del plan general de la obra del Apocalipsis, que, después de su “amén-aleluya” (19, 4) no se vuelvan a encontrar los ancianos, faltando su presencia en la nueva Jerusalén (cc. 21-22). Se explica esto porque su función se limita al curso de la historia de la salvación hasta su conclusión y porque no son personajes ya definidos sino esquemas literarios de personajes (Vanni, 2005).

Acabado el balbuceo por los comentarios y el análisis sobre los textos de los ancianos del Apocalipsis, quedan pendientes, o al menos orilladas, ciertas cuestiones. En primer lugar, ¿por qué aparecen los ancianos y no otras categorías de seres humanos, cualesquiera que sean? ¿Por representar mayor autoridad? ¿Sólo por eso?. En segundo lugar, ¿por qué siempre se les define ubicados en el plano celestial, o sea, junto al trono, al Cordero y a los 4 vivientes?. En último lugar, cuando los ancianos toman la iniciativa en el relato, aun cuando su pregunta sea retórica (5, 5; 7, 13-14), ¿por qué justamente cumplen el papel de guías?.

La vejez y los viejos

Prácticamente todo lo analizado de momento ha girado en torno al sentido técnico de los ancianos. Del sentido absoluto hay pocos textos. De un lado, 1Pe. 5, 5. Ya se ha comentado el paso que se opera del sentido técnico (1Pe. 5, 1) al absoluto (1Pe. 5, 5). Algunos, por su parte, prefieren seguir empleando, sin argumentos del todo convincentes, “presbítero” por “anciano” de edad. Pues bien, se recomienda a los jóvenes sumisión a los ancianos, ciñéndose unos y otros con la humildad. De otro lado, se encuentra 1Tim.5, 1-2, donde el autor invita a su compañero Timoteo a mantener un comportamiento ejemplar con lo/as anciano/as y lo/as jóvenes. Debe reseñarse la

doble oposición que muestran estos dos textos. Piden uno y otro el respeto y consideración debida a los ancianos mediante los verbos “someterse a los ancianos”, “no tratar con dureza a los ancianos” y “tratar a los ancianos como a un padre”. Sin embargo, todos, ancianos y jóvenes, deben ser humildes. La otra conclusión es evidente y concluyente. Se habla siempre de ancianos y jóvenes. Con ello seguramente se busque abarcar la totalidad de la realidad humana. En cualquier caso, lo decisivo es el respeto y consideración debida a los ancianos.

Merece la pena, no obstante, cotejar Tit. 2, 3-5 con el texto ya reseñado de 1Tim. 5, 1-2. Del grupo de las mujeres destaca el autor de la carta a Tito a las “ancianas” (*presbytidas*, v. 3), aconsejándolas que se conviertan en un referente para el bien hacer de la casa. Llama la atención el equilibrio o ambigüedad entre lo positivo (“cual conviene a santos”, “maestras del bien”) y lo negativo (“no ser calumniadoras” “ni dadas al vino”), buscando seguramente una inclusión (positivo, negativo, negativo y positivo), con el fin de resaltar más si cabe el centro de referencia de las ancianas, para no dejar en entredicho la palabra de Dios (v. 5). Precisamente este texto es el reverso de 1Tim. 5, 1-2. A Timoteo se le solicita el respeto y la veneración a los anciano/as, rodeados casi de un halo sagrado, mientras que Tit. 2, 3-5 nos retrotrae a una advertencia y aviso a las ancianas para la búsqueda del ideal, colocándonos así en el núcleo de las acciones humanas, bañadas por la ambigüedad.

La dependencia que lleva implícita la vejez se encuentra reflejada por alusiones en Jn. 21, 18 (“Te lo aseguro, cuando eras mozo, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; cuando envejecas, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieres”). El texto de Juan constata la plenitud vital de la juventud y la debilidad corporal de la vejez con su dependencia. Sólo que aquí, en lugar de “anciano” (*presbyteros*), aparece “envejecer” (*geraskein*). Pero, como no podía ser menos, el Nuevo Testamento hace referencia a un grupo particularmente sensible al desamparo. Nos referimos a las viudas (Hech. 6, 1 y 1Tim. 5, 3-16). El autor distingue justamente a las viudas de verdad (1Tim. 5, 3.5.9.16) de las viudas jóvenes (1Tim. 5, 6.11.15). Recomienda la ayuda a las viudas de verdad por su soledad (1Tim. 5, 5.16) y por su ancianidad (“más de sesenta años”, *chēra katalegesthō mē elatton hexēkonta gegonua*, 1Tim. 5, 9).

Por cierto, la oposición de jóvenes y ancianos vuelve a encontrarse en Hech. 2, 17, en el discurso de Pedro que recoge la profecía de Joel para significar la totalidad del pueblo renovado por la llegada y presencia del Espíritu (Hech. 2, 1-4). Ocupa este texto, dentro del análisis de la figura del anciano cristiano, una posición especial o intermedia entre el sentido absoluto y el sentido técnico. Lo mismo ocurre con Heb. 11, 2, donde el autor de la carta habla del poder de la fe como medio de recibir la aprobación divina y recuerda a guisa de ejemplo las figuras más señeras del pasado, de

entre las que una buena parte vivió muchos años (vv. 4-32b), pero del resto, del que no se precisan sus nombres (vv. 32b-40), nada puede afirmarse. Pues bien, a todos ellos los llama “ancianos” (*hoi presbyteroi*). Por lo expuesto y por todo el contexto, se suele traducir por “antiguos” más que por “ancianos”. De cualquier manera, contrasta este texto con los ya comentados de Mc. 7,5 y Mt. 15, 2, por el contexto polémico en el que se ve envuelta la tradición de los mayores o ancianos. Debe añadirse también, finalmente, a esta posición intermedia o especial al anciano (*presbyteros*) de 2Jn 1 y de 3 Jn 1. No es el miembro o presidente del consejo local de ancianos, sino un título honorífico dado al portador y transmisor de la tradición apostólica, como hombre venerado y apreciado en amplios círculos de las comunidades de entonces, cuya autoridad obedecía al peso de su palabra y a la fuerza de la verdad.

Hasta aquí se ha tratado de la vejez. Los ancianos han sido objeto del discurso o del relato; la única recurrencia que escapa algo a semejante aserto es Hech. 20, 17-39, si bien, después de todo, es Pablo, y no los ancianos, quien ocupa toda la atención del relato. Hay, sin embargo, tres textos en que los viejos son el sujeto del relato. Son ellos quienes expresan su propio mundo y actúan con toda libertad, frente al plan salvador de Dios y/o en circunstancias concretas. Hablamos de Zacarías (Lc. 1, 5-25.57-66), de Ana (Lc. 2, 36-38) y de Pablo (Flm. 9). No deja de ser curioso que a los dos se les denomine “anciano” o “viejo” (*presbytēs*, de la misma raíz que *presbyteros*, Lc. 1, 7. 18; Flm. 9) y a la profetisa Ana, caso raro, se la defina por su edad, 84 años (Lc. 2, 36. 37 *etōn ogdoēkonta tessarōn*). El mayor contraste de estos dos textos es que Zacarías y Ana, ya entrados en años (*kai amphoteroi probebekotes en tais heme-rais auton esan* 1, 7; *probebekuia en hemerais pollais*, 2, 36), no son portadores del pasado sino del futuro, de la esperanza. En el caso de Zacarías, con el nacimiento de su hijo Juan (Lc. 1, 13.57.59-63), cuya tarea profética será primordial para el pueblo (Lc. 1, 14-17). La profetisa Ana (Lc. 2, 36-38), con su vida austera y religiosa y con su palabra muy expresiva (el imperfecto iterativo “les hablaba”, *elalei*), una palabra de aliento a los que esperaban la liberación de Jerusalén, hecha realidad en un niño recién nacido. La antinomia también alcanza a la respuesta de los dos viejos. Zacarías hace gala de una desconfianza o reticencia razonable, el mutismo que padece es signo y castigo por su incredulidad (Lc.1, 18 ss). Ana, empero, muestra una entrega íntegra (Lc. 2,37). Dado que los dos personajes están muy ligados al templo (Lc. 1, 5.8-10.23; 2,37) y dado que estamos en los inicios del evangelio de Lucas (cc. 1 y 2), la esperanza puede concretizarse y referirse al cumplimiento de la promesa mesiánica en las figuras de Juan y de Jesús.

La carta y el texto de Pablo en Filemón 9 (“...Yo, este anciano Pablo, y ahora prisionero por Cristo Jesús...”, *hos Paulos presbyteres*) emanan una fuerza, sabiduría y amor singulares. Pablo, siendo como es, ya viejo, revela una claridad y una fuerza